

MONCHO VIÑA

EDICIÓN: ADRIÁN MENÉNDEZ



### VOL XXXVI

El Deportivo logró su primer título en 1995, en una final copera ante el Valencia en dos entregas; la lluvia obligó a la suspensión de un envite que comenzó un sábado y finalizó un martes.

# Historias DE fútbol

Costó cuatro días, porque empezó un sábado y acabó un martes, hacerse con el primer título oficial de la historia del fútbol gallego: la Copa del Rey que se le ganó en el Bernabéu al Valencia, que venía de quitarnos un año antes el título de liga y por eso la venganza fue muy dulce.

Yo estaba narrando el partido en el Bernabéu con Juan Manuel Gozalo en la cabina de Radio Nacional. Y no caía ni una gota cuando alguien nos advirtió de que a un kilómetro, en la zona del Calderón, llovía a Dios dar agua. No le hicimos ni caso, pero a los pocos minutos yo intenté acordarme de lo que había leído en el colegio sobre el diluvio universal por si daban consejos de supervivencia. Nunca había visto tal cosa. Desde la cabina divisaba a mis compañeros a pie de campo tirando los bártulos de transmisión e intentando buscar refugio.

Distinguí a Benito Cores, de la TVG, que tiró el micro y salió corriendo. Después me contaba que con tanta agua tenía que le diese un "lostrejazo". Benito es de Cambados y merece un monumento por buen tío y buen profesional. Años atrás, aún en segunda, el Deportivo había hecho un gran partido en Riazor. Parados del portero contrario, ocasiones claras falladas, tiros a la madera... pero el Deportivo no pasó del empate. Nada más acabar, Benito salió disparado, micrófono en ristre, en busca del protagonista. Y al alcanzarlo en el césped le hizo la primera y única pregunta: "Aspiazu... dous tiros ó poste pero hostias zeh?".

Los que estábamos en la zona de cabinas del Bernabéu, después de confirmar que se había suspendido el partido, de las numerosas entrevistas hablando de lo sucedido y de las repercusiones, fuimos desalojando como pudimos. Al salir vimos que La Castellana se había convertido en un río de gente confundida porque le habían alterado definitivamente sus hábitos. No había ni taxis ni transporte público. Nada. Yo tenía mucha prisa por llegar al NH de Colón, lugar donde se hospedaba el Deportivo y también los periodistas. Tenía prisa por interés informativo y también por saber si estaba bien mi



hijo Adrián, que se había ido a la grada a ver el partido con mi amigo Marcelino Marta.

Como había retención de tráfico y colas, le dije al conductor de un coche particular si iba hacia Colón. Me dijo que sí y antes de darle tiempo a decirle que no me llevaba le ofrecí mil pesetas por el favor. Las aceptó y por un billete verde me ahorré una caminata, una mojadura y una preocupación. Cuando llegué ya estaban allí los jugadores del Deportivo. Ese hotel tenía la recepción a la derecha, después de subir unas escaleras. A continuación, unos sofás pegados a la pared, con cabida para unas 20 personas. Y, más adelante, hacia el centro, unas escaleras con cuatro peldaños para acceder al ascensor.

La mayoría de los futbolistas se arrellanaban en los sofás acompañados de sus esposas o novias. Arsenio estaba que lo comían los demonios porque el partido aún

no había acabado y porque estaban allí todas las compañeras de los futbolistas. Efectivamente, habían pactado que los jugadores se iban a ver allí con la familia después del encuentro, pero es que para Arsenio todavía no había terminado. El mister estaba doente porque allí había mucha más gente de la que él quería para mantener la concentración de los suyos, y las señoras de los futbolistas o sus parejas y otra gente que se iba sumando eran, simplemente, un estorbo.

Al cabo de un rato el mister vino a sentarse a la segunda escalera de acceso al ascensor. Allí estábamos Juan Barro a un lado y yo, Arsenio y Fernando Santos, al otro. Todos sentados en el segundo peldaño de la escalera sin decir casi nada. Y todos pensando lo mismo, que era una lástima, una ocasión casi única, porque el Valencia se había escapado vivo y sabe Dios qué pasaría unos días

Penev es rodeado por varios deportivistas en la final de 1995, partido marcado por la lluvia torrencial que obligó a la suspensión del mismo de sábado a martes | ARCHIVO IG

después. Tampoco se oían ni murmullos en la zona de los futbolistas y sus mujeres, que estaban justo enfrente. Así estuvimos un buen rato hasta que, de pronto, Manjarín se levantó, y con él, su novia, que ahora es su esposa. Subieron las escaleras y no tuvieron más remedio que pasar a nuestro lado para acceder al ascensor. Por obligación ineludible y no por deseo, Manjarín le dijo a Arsenio.

-Mister, voy a subir a la habitación porque tengo que decirle algo a mi novia.

Arsenio se le quedó mirando de soslayo, con ese segundo en el que te posa los ojos encima y que te deja helado, y le contestó

-Anda... dalle o recadiño pronto e baixa.

Todos quisimos disimular la risa, pero fue peor. Fernando Santos se levantó y se fue rápido a la calle con las manos en la cara. Y los jugadores y sus parejas se escarallaban en los sillones. ●